

EL DÍA QUE AMANECIÓ BAJO EL OCÉANO

Desde que tengo uso de memoria, las cosas no siempre fueron bien.

Nací en un pequeño pueblo de Camerún, en la costa oeste de África. Allí, las condiciones de vida no son tan buenas como en otros países, aun trabajando las 24 horas del día, no te pagan lo suficiente como para comer un mes. Debido a esto, no siempre hemos tenido un refugio donde pasar la noche o algo que comer.

Soy la mayor de tres hermanos, siempre me he responsabilizado de ellos ya que mis padres estaban fuera hasta tarde debido al trabajo. Creo que más que crecer como una hija, crecí como una segunda madre. Por supuesto, nunca fui a la escuela ya que según mi madre, aparte de ser cara, me quitaría tiempo para ayudarla. Sin embargo, mis hermanos sí fueron. Crecí viéndolos ser exitosos y a toda la familia orgullosa de ellos, en cambio, yo tuve que madurar rápido. En el fondo era una niña que quería divertirse e ir a la escuela, tener amigos y conocer gente nueva. A pesar de eso, nunca me llevé mal con ellos. Me enseñaban lo que aprendían en la escuela, especialmente geografía, siempre tuve interés por viajar. Cuando mis hermanos estaban en la escuela, yo ayudaba a mis padres en el trabajo. Ellos se dedicaban al comercio, vendían pescado en la costa. No ganaban mucho pero normalmente nos alcanzaba para lo esencial. Hubo veces que no teníamos suficiente dinero para pagar el alquiler de la casa, así que dormíamos en la playa. No era desagradable del todo, me transmitía mucha paz dormir con el sonido de las olas del mar y ver el amanecer a la mañana siguiente. Allí los amaneceres eran preciosos, desde entonces, nunca he visto ninguno tan bello como aquellos. A medida que me hacía mayor, tenía más ganas de irme de allí, ir a otro lugar y hacer las cosas que mis padres nunca me permitieron hacer desde pequeña.

Cuando cumplí 18 años, decidí emigrar a otro país en busca de mejores medios de vida y alcanzar mis objetivos. Quería estudiar como mis hermanos, formar una bonita familia, empezar de cero. Mi familia no estuvo de acuerdo en absoluto, en especial mi madre, pero ya era libre de tomar mis propias decisiones. Sabía que no sería bienvenida allí otra vez. En la costa, había varios botes con capacidad para unas veinte personas que salían cada día sin dirección alguna. Nunca sabes donde acabarás una vez que subes a uno, puede que incluso te pierdas en medio del océano. Mucha gente moría debido a la escasez de comida y agua, los largos viajes, bajas temperaturas y mareas altas, pero decidí tomar el riesgo. Viajé en un pequeño bote de madera con doce personas más. Los primeros tres días no estuvieron mal, nos empezamos a conocer todos y teníamos suficientes provisiones para varios días más. A la semana, todo comenzó a torcerse, no quedaba suficiente comida como para otros siete días y la marea comenzó a subir, todos teníamos la esperanza de ver tierra pronto. Pasó otra semana, ya no quedaba comida y apenas agua, el mar estaba bastante agitado y comenzó a llover. Tuvimos que empezar a beber agua del mar y varias personas murieron por hipotermia. Por la noche, ya no tenía esperanza de lograr llegar a tierra, pero de pronto, vi unos altos y grandes edificios iluminados que se distinguían a lo lejos del oscuro cielo. Ya casi estábamos en tierra. Solo sobrevivimos 5 pasajeros en el bote incluyéndome, a

los que nunca volví a ver. Una vez llegamos a la costa, me bajé del barco y corrí lo más rápido que pude, sin rumbo alguno. Me dí cuenta de que estaba en Estados Unidos, concretamente en Nueva York, al poder distinguir el Empire State Building a lo lejos. Recuerdo la admiración de mis hermanos por esta ciudad, hablaban de ella a menudo y decían que en un futuro viajarían allí. Aquella noche dormí en la playa. El sonido de las olas mientras intentaba conciliar el sueño me recordó a mi familia y a mi tierra.

Pasaron los años y conocí a un bondadoso estadounidense, con el que me casé y tuve una hija preciosa. La llamamos Nabila, cuyo significado es 'inteligencia'. Era de tez morena, tenía unos grandes y profundos ojos verdes y cabello color azabache. Comencé a estudiar y acabé licenciada en medicina, trabajando en un hospital como enfermera. Sentía que estaba cumpliendo mi sueño. Todo iba perfecto, hasta aquel día. Mi marido acudió a una reunión imprevista al otro lado de la ciudad. Debido a la larga duración de esta, se alojaría en un hotel esa noche y yo me quedaría en casa con Nabila. Alrededor de las 10:00 pm, tocaron a la puerta. La entreabrí y el corazón se me paró al ver a un grupo de policías frente a mi puerta. Me temía lo peor, cerré la puerta rápidamente, cogí a mi hija en brazos y me dispuse a salir por la ventana de la cocina, la cual daba a la parte trasera de la casa. Pero un fuerte estruendo me detuvo, la policía había echado la puerta abajo. Ya no tenía escapatoria. Me quitaron a mi hija a la fuerza y yo me derrumbé. Me detuvieron por no tener pasaporte y me deportarían a Camerún. Me montaron en un pequeño barco con pocas personas más y varios vigilantes, nos ataron de manos y pies y nos encadenaron a la popa del barco como a perros. Las condiciones eran terribles, apenas nos daban de comer y beber y solo nos permitían ir al baño una vez al día. Pasé la noche en vela, pensando en mi hija y viendo el oscuro cielo estrellado. Comencé a llorar, tenía que volver a Estados Unidos y llorar no iba a solucionar nada. Se me ocurrió algo y podría ser la forma de volver con mi hija de nuevo. Pedí ir al baño con urgencia, me desataron las manos y me desencadenaron. Entré a la pequeña cabina donde estaba el baño, y vi exactamente lo que quería, el panel de control de la electricidad. Corté la luz del barco y corrí hacia la proa para tomar el timón y dar media vuelta. Apenas podía ver con claridad, únicamente podía distinguir grandes siluetas gracias a la luz de la luna, y en un descuido, tropecé con algo en el borde de la proa.

Tropecé y caí por la proa al mar. Estaba en medio del océano Atlántico, con las piernas atadas y apenas podía nadar. Veía como el barco se alejaba cada vez más y más. El agua estaba demasiado fría, seguramente unos grados bajo cero, me dolía todo el cuerpo y sabía que no aguantaría mucho. Estuve veinte minutos pidiendo ayuda, pero no sirvió de nada. Sentía como mi cuerpo se debilitaba y cada vez me quedaba menos fuerza. No aguanté más. Comencé a hundirme en medio del océano, viendo la superficie cada vez más lejos de mí, y lo último que pensé fue: "¿Estará mi hija bien?". Antes de verlo todo borroso, vi un brillante rayo de luz proveniente de la superficie. Estaba amaneciendo.

Bigu.